

juan sosa suárez

10/11/02

la primera estrella

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
Documento <u>267843</u>
<u>789027</u>

e.c.s.a.
las palmas (gran canaria)
1935



Al poeta Saulo
Foriá, en todo afecto.

30/12/31-

Fructuoso



PROLOGO

En la isla de aquella tarde—que recortaba la amistad y el destierro—estábamos los cuatro: Juan Sosa Suárez, su hijo, el mar y yo. El hijo tenía llenos los ojos, las manos, la boca de preguntas. Todo lo que nos rodeaba se abría en brazadas de interrogaciones. En por qué filtrados de ingenuidad. Y los objetos contestaron al hijo por la gracia del padre. El mar y yo, espectadores.

Un escritor no es sino la dualidad de padre e hijo en una sola persona. Una sensibilidad infantil que inquiere y un maduro don de expresión que abrevia. De la íntima fusión de estos dos elementos surge la fuerza creadora. El espíritu, si queréis. La única trinidad verdadera.

Para un escritor, para un artista, como para el niño, es todo un preguntar. Mejor aún. Un espejo que amplifica las preguntas que, por el sólo hecho de existir, late en cada cosa. No es interrogar a

las cosas. Sino dejar que éllas interroguen. Y no contestar de manera que se yugule la pregunta. Sino contestar de modo que ésta se avive. Como, exactamente, hace el niño. Encadenar los por qué. Hasta que todo lo apague la gran noche. El día es una pregunta luminosa. La noche, la respuesta oscura. Pero en la noche, los rumores, mil y mil lenguas que se arrastran: son las preguntas incontestadas del día.

Una vida es una respuesta abierta. Responde la sangre a la vena, la vena a la sien, la sien al lado. Pregunta el aire al mar y el mar responde con la ola que se alza interrogadora. Pregunta el hijo al padre y el padre se desdobra de las taras lógicas para asirse a la más ligera huella fugitiva.

Este es un libro de huellas. De alas. De preguntas. Y de contestaciones. De unas contestaciones que son las huellas de unas alas que preguntan.

Pedro García Cabrera.

Isla de Tenerife.

agua, sol, pájaros

Cuando despegué los ojos la claridad entraba por los cristales de los ventanillos que dan al jardín y se filtraba por las cortinas azules que adornan las ventanas del dormitorio. Debían de ser muy bien las cinco de la madrugada, hora agradable para uno levantarse cuando no se siente la pegajosa pereza del lecho o se tiene voluntad para vencerla.

Silenciosamente, procurando no hacer ruido que despertara a los chiquillos que duermen en el mismo cuarto, tiré a mis pies las ropas de la cama, me senté, cogí el despertador que dejó sobre la mesita y ví que la manecilla apuntaba las cinco y veintitrés. A aquella hora sentaba muy bien dejar el colchón, levantarse, encender el infiernillo para hacer un poco de café, salir y dar unas vueltas por el jardín para respirar el aire mañanero y gozar viendo los pajarillos que desde muy temprano picotean en el picón. Pero una idea me vino a la mente: hacía tres días que el jardincillo no veía una gota de agua, y como ya el calor se hacía sentir de lo lindo, en nada mejor

debía aprovechar la fresca que en preparar la manguera, abrir la llave de riego y refrescar las flores.

Perezosamente abrí la mesilla y busqué unos zapatos viejos que me auxilian en estas faenas jardine-riles; púseme unos pantalones usados y una chaqueta del mismo jacz; cuidé de trasladar a un bolsillo la petaca y el encendedor y, sin hacer mayor ruido, me eché fuera de la alcoba, pasé a la galería y de allí a la cocina, encendí el inflernillo, puse un cacharro con agua a calentar y salí al jardín.

La mañana estaba bonita. Algunas luces parpadeaban en retirada, quebrantadas o vencidas a medida que el naciente íbase llenando de esa claridad inconfundible que barrunta el día. El aire estaba dormido. Los rosales apenas se movían y ni siquiera el algarrobo, de tallo tierno y alto, se cimbreaba lo más mínimo. Los pajarillos madrugadores cruzaban bajo el cielo donde todavía flotaba alguna estrella y pasaban y repasaban sobre mi cabeza, volando de esta palmera a la otra, para dejarse caer sobre el azuloso picón donde se enfrascaban en la nobilísima tarea de picotear alguna miga o cazar algún bicho. En la lejanía cantaba una fresca voz. ¿Mujer u hombre? ¿Muchacha o vieja?

Buen Dios, ¡qué bonita está la mañana y qué hermeso el jardín!

Golosamente fijé mis ojos en los "topetes", con sus redondas flores amarillas; en las dalias de todos colores; en las "púrpuras", altas y delgadas como mu-

jeses de bella línea; en los crisantemos a punto de romper en flores; en los pensamientos como mariposas posadas en tierra; en las extrañas, blancas, amarillas, azules. Golosamente fijé la vista en el ramaje inmóvil de los cipreses, en los pinos altivos sacudidos ahora por una brisilla.

La noche había abierto por capricho algunas rosas. De los sesenta rosales que hay en el jardín, hasta quince estaban florecidos. Pero ninguno me gustaba tanto como uno, lleno de púas, que daba unas rosas blancas, grandes, que el jardinero llamaba rosas de "nieve". En los "crotos" no advertí nada nuevo. Allí seguían luciendo sus variadas manchas. El "carnaval" venía cuajado de brotes. El "arco iris" engalanado de rojo por el sol de aquellos fuertes días de verano. El "rey", repleto de tonalidades cromáticas, con sus anchas hojas llenas de todas las gamas y colores, parecía una pintura donde el artista hubiera volcado los más vivos matices. Las hojas lucían el amarillo pálido, el encarnado fuerte, el rojo, el verde limón. Un paso más allá, la "bougainville" encaramaba sus brazos pared arriba, deseosa de cubrir balcones y pretilos y de desparramarse a sus anchas por la azotea. Aun no había dado una sola flor y yo sentía deseos de que floreciera para saber si sus corolas eran de un morado subido como unas que yo había visto.

Di una vuelta por el jardín. ¡Albricias! El jazmin, plantado una semana antes, estaba ya en flor. El jazmín y el romero daban un perfume grato, penetran-

l a p r i m e r a e s t r e l l a

te. Por aquella parte olía a humedades soterradas, a raíces aromáticas, a savia intensa, a tierra fecunda, a naturaleza.

Pero qué seca estaba la tierra. Las dalias dejaban caer sus flores y botones con una languidez que daba pena.

Tendí la manguera y abrí la llave. Un chorro, en abanico, silba sobre las hojas y los tallos.

La tierra sorbe el agua con avidez. Miles de gargantas van aplacando la sed. Las raíces deben de gozar abriendo sus invisibles bocas para recibir el consuelo del agua. Y una onda de alegría parece agitar todo el jardín. Mis ojos gozan viendo cómo las hojas secas caen al golpe duro del agua. Los muros donde cabalga la yedra y los que bordean el barranco se oscurecen al correr el agua por ellos. Del suelo van desapareciendo las grietas abiertas por la sequedad. Las parchas sacuden, voluptuosas, sus anchas hojas. El ruido del agua es un canto que alegra mi corazón. Tienden el vuelo las palomillas todavía dormidas bajo las hojas. Y un vaho grato, fecundo, impregnante, llena el aire. Es que huele a humedades, a raíces aromáticas, a tierra fecunda, a naturaleza. Es que mis sentidos perciben la sensualidad de la tierra.

El agua canta, monótona, su dulce canción. A veces, cuando cae sobre las hojas anchas, su canto se convierte en tamborileo bullicioso. Los árboles sacuden con alegría el ramaje. Los naranjos, los nispe-

ros y las tuyas, con las hojas limpias y relucientes, parecen acabados de plantar.

Ahora recuerdo que dejé encendido el infiernillo y pienso que el agua ha podido rebosarse; acaso está bailando la danza del fuego bajo la torcida tapadera. ¿No se habrá levantado ya mi mujer?

¿Por qué súbitamente vinculo a la sospecha de que el agua que puse a calentar pueda haberse rebosado, la novela de Dickens "El grillo del hogar", cuya lectura me emocionó profundamente, hace ya algunos años, cuando todavía era yo un muchacho y en mi espíritu no se había quebrado la ilusión? Momentáneamente la evocación de las horas pasadas me pone un poco melancólico. (Yo era un chico entonces... Acababa de abandonar para siempre la escuela del pueblo, allá entre montañas y pinos... Estaba enamorado, de verdad, de una muchachita del pueblo que me esperaba, todas las tardes, sentada en un banco de la alameda a la sombra de un laurel grande... La vida no había sido todavía dura conmigo y yo vivía plenamente entregado al amor, a aquella pasajera ilusión... Pero ¿a qué viene esta imagen, dulce y triste a un tiempo, del pasado aquél? ¿No pasó ya todo eso para siempre? ¿Acaso estoy seguro de que todo fué como ahora me lo figuro?)

Vuelvo de nuevo mi atención a las flores, a los pajarrillos que hunden sus alas en los charcos, a las grandes manchas azules que el agua va dejando en el picón de los paseos.

El día inunda de luz las casas próximas, el lejano mar, las montañas. El sol de un nuevo día se derrama sobre el mundo. Por el barranco pasan unas mujeres cantando. De las chimeneas de algunas casas asciende el humo de las cocinas donde también el agua hierve y danza al son del fuego. Un nuevo día nace para los hombres y las fieras. Dentro de poco se abrirán las tiendas y las mujeres vociferarán aturdiendo a gritos a los vendedores. Las fábricas empezarán a mover sus enormes maquinarias y a resoplar por las grandes chimeneas. Las calles se llenarán de personas, y la vida, otra vez, en este nuevo día, será lo que fué ayer, lo que siempre fué. (Sólo en los camposantos perdurará el silencio, ese silencio que no se interrumpe nunca porque está por encima del tiempo y más allá del más remoto y profundo eco.)

Me ha sobrado tiempo desde que me levanté para regar todo el jardín. Para algo he tenido lo menos dos horas la manguera abierta. Me siento un poco fatigado y, además, tengo los zapatos llenos de agua. Encenderé un cigarrillo y me sentaré un poco bajo la terraza. Quizás dentro de poco me llame mi mujer para tomar el desayuno. Ella ha debido de levantarse y estará en la cocina preparando la cosa. No tardará en salir al jardín para avisarme: "Juan, entra a desayunarte".

Enrollaré la manguera. No conviene dejarla tirada en los parterres. Pueden tropezar en ella los niños y hacerse daño.

¡Tibio rayo de sol que hasta mí llegas trayéndome un poco de tu calor, de tu vida tan antigua como el mundo! ¡Cuánto te agradezco el saludo cálido y vivificante que me has traído, sol tan viejo como la vida y como la muerte!

¡Dulce vocecita que a mí llegas avisándome que esa voz soy yo mismo! Aquí estoy, hijito, sentado en este escalón de la terraza. No temas caerte que acabo de quitar la manguera. Echate, que mis brazos fuertes te sujetarán y no te dejarán caer.

Es mi hijita Nieves. Viene brincando, como un pajarillo más del jardín. A su paso breve y menudo, las flores se inclinan. Todo el jardín se estremece de regocijo porque mi hija Nieves se ha echado, bulliciosa, en mis brazos.

fuego, sed, angustia

Hasta este jardincillo, por entre cuyos parterres voy paseando sumido en difusas meditaciones, llega, invisible, el trueno que retumba más allá del mar y las montañas.

La naturaleza está entregada a ese sueño suyo tan total, tan inalterable a veces. El aire está inmóvil. Las nubes se deslizan perezosas por las rutas aéreas. Las montañas lucen el azul violáceo de sus crestas señeras que arden bajo el sol. Quietud, silencio, reposo. El sol enciende los caminos, las lomas, los horizontes, los caseríos, los barcos que cruzan equinoccios y ecuadores. Todo arde en esa luz maravillosa, inagotable del mediodía. Asomados a los agujeros de la pared que bordea el barranco, los lagartos, caballeros del fuego, pasan horas y horas tostándose voluptuosamente bajo el sol que ahora mismo arde sobre otros pueblos del mundo.

Sol de la isla. Agosto. El aire quema el rostro y pone sequedades en la garganta. En la finca, más allá del barranco, la sed amarillea la hoja del plátano.

l a p r i m e r a e s t r e l l a

no. La higuera luce sus rugosas hojas verde-oscuro. Alongada al camino se recrea mirando las largas siestas lagarteras. A los pies del muro, las tuneras, con sus mil púas y sus flores amarillas, soportan la lluvia de sol.

Se oye una voz, otra voz; después, nada. Los viejos pinos alzan sus brazos esqueléticos, secos, sin hojas. Los autos ruedan por la alta cinta de la carretera, disparando roncros trompetazos. El murmullo de la ciudad próxima—el pito de la chimenea de cualquier fábrica, el zumbido de motores lejanos, voces rotas, desarticuladas de cualquier parte—llega mezclado con el rugido del mar que bate en la playa. Fuera camina alguien. Los pasos son isócronos, como los golpes de un reloj. Alguien que sube o baja por el barranco, camino del caserío. Pícan los pájaros. El chirrido de una carreta se clava en el oído lleno de ese dulce silencio de lejanía y de soledad que es amo y señor de los apartados lugares. El carrero debe de estar apaleando al potranco porque se percibe un rítmico y sordo golpeteo sobre algo blando. Con el tatuaje de sus veinte mataduras, el animalejo jadea y cocea rebelde a los golpes y a los gritos.

Perfora el silencio, roto a intervalos, una imprecación. Hay una tregua. El hombre se seca el sudor. El bruto enarca las orejas, vuelve el hocico y levanta, irritado, las ancas.

—¡Só!... ¡Arre, animal!

Llueven los latigazos, brutales, ensañados, sobre la carne propiciatoria.

Siento impulsos frenéticos de saltar la cerca, insultar a este bárbaro y romper las sogas que sujetan al potranco. Y sobre la carne del hombre colocar las mismas veinte mataduras que llagan la de la víctima.

Uno y otro siguen, renqueando, barranco arriba.

Otra vez el silencio, este silencio lleno de resonancias, de murmullos indefinibles, de bisbiseos apenas perceptibles. Este silencio que permite sentir el des-perezo de las flores, la caída de una hoja seca y el roce de las nubes cruzando lentas las alturas de la tierra.

Me siento en el escalón de piedra de la terraza. Una enredadera impide que el sol se filtre sobre las losas. La sombra es grata; el aire menos tibio. Los pulmones lo sorben voluptuosamente. Al filo del escalón pasa febril, rápido, un escuadrón de hormigas.

Sol de agosto en la isla. Hasta el mar parece una inmensa llama. Las olas hierven bajo un chorro de fuego.

Pienso en la angustia, en la sed, en el tormento de las caravanas que bajo el sol cruzan los desiertos interminables; en los hombres que ahora mismo siegan las mieses y sudan sangre en las fábricas donde también queman los motores, las turbinas y las grandes poleas. A la vera de los caminos que hollan los hombres y las bestias en trahusmar sin reposo, arden las aulagas reseca, los cardones sedientos, los troncos

l a p r i m e r a e s t r e l l a

añosos. Y las fuentes se secan. Y deja de hacerse la noche. Y una inmensa nube ahoga el espíritu.

Los hombres carecen de piedad; son crueles. Se devoran en un degüello sin cuartel. Los poderosos, predestinados a gobernar el mundo, invocan el derecho a decretar la pauperación, la esclavitud, la muerte lenta, secreta, de los demás. Desde el primer día escribieron la ley sangrienta y señalaron límites a las cosas y consagraron ese sacrificio perenne. Por eso los osarios de la miseria no cesan de llenarse de esqueletos. Caminan las multitudes en la noche cogidas de la mano de la tuberculosis y el cáncer, ángeles guardianes que el poderoso puso de escolta a los débiles y a los pobres.

Los que escribieron la ley, fuertes, poderosos, dueños del mar, la tierra y el sol, empujan a los hombres al llano sangriento. Otra vez se acerca, cautelosa, sembrando agonías, la terrible guerra.

Los aviones, posados en hilera en los hangares y repletos sus vientres de bombas y gases, esperan la orden secreta. ¿Qué labio será el primero en pronunciar la cruel consigna? Los fusiles, bayoneta calada, aguardan, impacientes, que los brazos se agarren a sus culatas. Y los hombres, con la carne desangrada por el hambre y la angustia, no saben qué hacer porque algo inmenso, terrible e irremediable les empuja al llano.

¿Irán otra vez? ¿Otra vez? ¿O se rebelarán, unánimes, heroicos, volviendo el cañón humeante hacia

el rostro cruel, desencajado, del hombre de la Banca?

Una inmensa ola avanza oscureciendo los caminos de la tierra. Canta una avecilla colgada de la rama de ese granado. El fruto de la higuera pone dulzuras en la garganta de ese muchacho que alzó la mano y cogió, libre, el fruto. Ríe el agua de esa acequia al saltar en mil gotas blancas. El sol sigue encendiendo, hoy y mañana, montañas y lejanías. Porque las fuentes de la vida son eternas. (¿Qué labio será el primero en pronunciar la bárbara consigna?) Porque la luz vibra y palpita por siempre. Pero algo estremece nuestro corazón. (¿Otra vez, otra vez?) Es como si la noche, una noche nueva, inesperada, imposible, matara para siempre la luz y sumiese al mundo en tinieblas.

¿Y no será, acaso, que mi pensamiento, absurdo, desorbitado, está a infinita distancia de lo cierto? ¿Con qué pupilas veo venir esa cabalgata desoladora? ¿Con qué corazón, distinto del de los otros hombres que mueven los labios ordenando la guerra, presiento esa ráfaga de muerte?

¿Otra vez, otra vez? No; acaso, no. Sobre la tierra quedan restos del amor primero, del amor que el primer día, al hacerse la luz, la conciencia, prendió en el corazón humano.

Todavía hay seres, multitudes, que buscan y aman la dicha ajena y luchan, sudando sangre, por imponer el reinado de la paz y la justicia.

De aquel amor tan antiguo como el hombre, como

l a p r i m e r a e s t r e l l a

la luz, como el primer día, queda una pavesa que rebota de corazón a corazón.

* * *

¿Se ha marchado el sol? Quiero asirme a esa idea, agarrame a ella, retenerla en mí. No podríamos vivir aplastados por la convicción de que la humanidad camina, irredenta, a ciegas bajo la gran sombra. No. Algún día el hombre podrá ver claro. Habrá de vencer y matar ese espíritu maligno que va destilando gota a gota el dolor en su entraña. Y se salvará.

¿Se ha ido el sol? De todas partes surge la sombra. Los ojos son impotentes, ahora, para discernir los contornos y salvar los objetos y las cosas que van hundiéndose en la tiniebla. (¿Otra vez, otra vez el dolor, el fango, la muerte?) La idea de la muerte me atormenta. ¿Cuándo ha dejado de triunfar el dolor en el mundo? Bajo esas inmensas llanuras de agua, en el fondo de los lagos y de los océanos, se celebra a todas horas un invisible festín sangriento. Colmillos afilados devoran a los seres más débiles, manchando el agua incolora con el rojo de la sangre. Dentro de mí, dentro de todos los hombres, millones de bacterias libran batallas descomunales, destrozando tejidos, destruyen células, provocan el dolor y la muerte. ¿Cómo escapar de esta inmensa red?

La naturaleza sigue en su sueño. La primera estrella, como ayer, como siempre, asomó sobre esa loma que se acusa, oscura, en el fondo del cielo. Todo

igual. Todo mudo, hermético. (¿Otra vez?) Siempre. No hay huida posible.

Vucivo a oír pasos, pasos isóronos de esa cosa bípeda que camina por el barranco. (¿Qué sabemos, él y yo, de esa primera estrella que apareció allá arriba?) Sí; el hombre. El hombre. Esa cosa insignificante, ridícula y deleznable. Esa cosa que allá, desde la cúspide de la Banca, está a punto de estremecer los armeros y golpear los campos de la tierra con su herradura.

altura, niebla, oscuridad

El cielo, neblinoso, se curva sobre mi cabeza en graciosa y perfecta comba. Desde la llanada avizoro el mar, las lejanías. Sol opaco, gris, hirviente, sobre las cumbres borrosas y los caseríos que se desperdigaban entre los altibajos de la tierra. Si vuelvo los ojos a la derecha veo la ciudad, abajo, a lo largo de la costa, alzando sus cúpulas, sus torreones, sus azoteas, las altas y oscuras torres de la catedral. Si lo hago a la izquierda, la mirada acoge la bahía, ancha, cobijadora, en cuyas aguas se remansan las embarcaciones grises. Se clava mar adentro el estilete agudo, largo, del dique. Hacia el norte se divisa un pedazo de playa toda espuma y arena rubia. Y más allá, también al norte, pero tierra adentro, montículos y llanadas de arena dorada sugieren la idea del inmenso desierto. Una silueta humana avanza sobre el arenal, insignificante, mínima, moviendo las dos piernas sobre el perfil giboso del horizonte. Camina que te camina, envuelta en la vagarosa neblina, hasta que dobla la joroba rubia y desaparece.

La altura es magnífica, alegre, en medio de todo. Todo parece desde aquí pequeño, pasajero, insignificante. La ciudad no es sino un puñado mezquino de viviendas. Las palmeras que sobresalen de las cercas de los jardines y de las huertas, parecen pegadas a la tierra. El pequeño desierto arenoso, la línea azulblanca de las playas, los carruajes que se deslizan, como informes insectos, por la lejana carretera, el mar mismo, todo, todo está reducido a la mínima expresión. Claro, se divisa el cinturón que ciñe el mar, las costas y la tierra. Y la presencia del horizonte, circundando por completo las cosas, hácele a uno medir la limitación de todo, a excepción de esa llanura pelada y neblinosa que se extiende hacia el poniente y que parece no tener fin.

Silba el viento. Hace calor. El sol derrama fuego sobre la llanura. Las cumbres se funden en el cielo. La neblina ha borrado el perfil cumbretero. Cielo y tierra tienen casi un mismo color. Resulta difícil precisar dónde acaba la tierra con sus lomas, hondonadas y picachos y empieza el cielo liso. Los horizontes, por la parte de la llanura, apenas se dejan ver. Todo borroso, oscuro. Sobre la tierra ardiente flota un velo de niebla que delinea y confunde las cosas. Las mismas nubes, desteñidas, ni blancas ni oscuras, sucias, perezosas, navegan de norte a sur bajo un cielo opaco e impreciso. Es que la misma niebla que está pegada a la tierra llega también a la altura ensuciando el azul intenso de otros días.

Pero el sol caldea más de la cuenta. Sus rayos que-
man, escuecen. La carne sufre una sofocación mo-
lesta. La garganta está seca. El aire, leve, casi quieto,
entibia el rostro y provoca un húmedo sudor. Agosto
ha hecho irrupción así, soltando sobre la isla un ca-
lor sofocante.

A mis pies una tabaiba se retuerce de sed. Las ho-
ras y los días desfilan largos, despaciosos, sin sombra
ni humedad para esta planta rugosa. Sequedad, an-
gustia, viento. El agua de las fuentes cumbreiras no
llega jamás o llega tarde a esta llanura. Y cuando
por los barrancos se precipita la llovida, tampoco
llega hasta aquí para matar la sed de la tabaiba. Ha
de pararse alguna nube sobre la llanura y ser gene-
rosa con la sed eterna de esta planta para que sus
raíces beban el generoso vino del cielo.

Silba el viento, interminable, tenaz. Me siento em-
pujado por fuertes rachas. De pronto se ha enfure-
cido el aire y ahora las nubes galopan, desbocadas,
sobre el mar y la tierra.

Las piedras calcáreas, el barro calizo, blancazco,
la tierra arenosa pregonan el ascetismo de estas lla-
nadas cuya sequedad no fecunda sino aulagas, tabai-
bas y tuneras.

Aulagas que se agarran sobre la tierra y danzan,
secas, amarillas, requemadas, al empuje violento del
vendaval. Tuneras que exhiben sus púas y sus higos
en flor en un afán de embellecer la desnudez del pai-
saje.

¿Qué hago yo aquí? Las casas, las gentes están lejos. ¿A qué he venido? Yo mismo no lo sé. No hay un muro donde sentarse o esconderse del sol, un camino para ir a alguna parte. Toda la llanada es camino. Sigue silbando el viento, llenando los oídos de su lúgubre alarido. Escapar, llanura allá, a todo correr, no vendría mal. Lanzarse a rodar loma abajo, tampoco. El mar, el mar. ¿A qué he venido a este lugar?

Abajo están los hombres, los "cines", las luces, las fábricas. Arriba, soledad, neblina, viento. Abajo está lo febril, lo inquieto, lo insatisfecho. Hombres y mujeres van de un sitio a otro, se miran, se entienden o se recelan. En un mismo perímetro danzan las parejas al son de sensuales bailables y agonizan los moribundos al son de toses desgarradas.

Todo vive así, todo se agita de esa manera revuelta. Perfumes, voces alegres, gemidos, risas, rictus dolorosos. Huir, huir de todo eso. Desasirse, fugarse de esa redada de la vida y de la muerte. ¡Oh, si se pudiera escapar de ese torbellino!

Vaciar del oído todos los ecos alegres y amargos: de los ojos, todas las visiones bellas y las imágenes de locura y pesadilla; del corazón, todos los sentimientos débiles, suicidas, y todos los rencores.

Pero entonces el hombre no sería sino una momia, una oquedad, un miserable pingajo viviente. Sobre su existencia animal reinaría la noche, y no podría jamás salir de la sombra.

* * *

Sobre el mar flota un ala blanca. (¿Pañuelo caído de la luna, pedazo de sobre blanco de amorosa carta de alguna estrella, o tal vez del sol?) Un barco, con el triángulo de su vela, sale del puerto.

Irse, ¿hacia dónde? No camina el hombre ni avanza un sólo paso jamás. Para donde quiera que se vuelva, la misma distancia le separa de todo. Se acerca a un límite, se aleja de otro. Acorta una distancia, devora una lejanía, pero inútilmente, porque la verdad se le va alejando a medida que él intenta aproximarse. No hace sino revolverse, andar sobre sí en un espacio cerrado. No podrá nunca salir de la red que lo aprisiona. Todos los caminos del mundo llevan al mismo sitio. Tampoco puede caminar en el tiempo. Los minutos, los días, las horas, le tienen fuertemente agarrado. El tiempo es para el hombre, a la vez, juventud y muerte, alegría y locura, luz y tiniebla.

El pensamiento no puede nada. Lo absoluto lo tiene acogotado. El hombre ve, pero ignora la verdad. ¿Cuándo, cómo? Por toda respuesta llega un día la muerte y llena de telarañas el cerebro pensante.

¿Qué? Sobre mis ojos se ha ido acumulando la niebla. Las cosas se alejan, desaparecen. Esa tabaiba, araña negra de la tierra, se sume en la tiniebla. Sobre las crestas altas una sombra borra todos los caminos y caseríos. En el puerto surge una luz, otra, muchas. El estilete largo y agudo luce sus cien puntos luminosos, como cien perlas encendidas. De la ciudad llega el reflejo tembloroso de las mil luces de sus calles.

l a p r i m e r a e s t r e l l a

de sus edificios y paseos. Para pasar la noche, el hombre, enemigo de las sombras, enciende los puertos y las ciudades. Una luz roja, gota de sangre, estrella de desventura, palpita, tiembla, sobre las oscuras aguas marinas. Mis ojos se fijan, con obsesión, en aquel grito encendido.

El viento redobla ahora su gemido. ¿Llora o canta a las estrellas? Tengo el oído lleno de ese alarido. La niebla nocturna me ha ido cercando, acorralando en la altura. El cielo está huérfano de estrellas. (¿A quién llorará o cantará el viento entonces?) Sólo hay luces inquietas, parpadeantes, abajo. Las cien perlas encendidas del estilete se tienden y alargan sobre las aguas. La llanura ha desaparecido. Para donde quiera que vuelva ahora mis ojos, no veo sino abismo, negrura. La tabaiba, araña negra del suelo, se ha desdibujado por completo. (¿Hacia qué paraje profundo, hacia qué entraña húmeda habrá vuelto sus afanes?)

Giro sobre mis pies. Quiero irme, volver a la casa, bajar al perímetro donde a esta hora danzan ya las parejas al son de músicas sensuales y agonizan en los hospitales, cementerio de enfermos, los moribundos.

Me echo a andar. La noche ha cerrado y la oscuridad arroja oleadas de tiniebla a los ojos. El viento se empeña en no dejarme dar un paso, en empujarme hacia arriba. El cielo, sin la alegría de una estrella, sin la guía de una remota claridad, gravita pesadamente sobre mi espíritu. Voy descendiendo difícil-

tosamente, tropezando aquí y allá. Se me enredan a veces los pies y corro el peligro de caerme.

Las luces se van acercando. Oigo ahora el rumor de la ciudad. Presiento gritos, voces, risas, danzas, gemidos. El rumor de la vida y de la muerte.

¿Por qué ladra ese perro? ¿Qué espíritu invocará la liturgia de su aullido? ¿Llorará la ausencia de las estrellas y de las cosas que, también para sus ojos, se han perdido en la noche?

Mis pasos retumban cuando atravieso el puente. Estoy ya en camino llano. Voy a llegar a la casa. Me imagino a los chiquillos esperándome. Mi mujer habrá puesto la mesa y todos esperarán que yo llegue para cenar. Una, dos ventanas por cuyos cristales sale un haz de luz. Ahora mismo abriré la cancela y mi corazón se alegrará con el ruido de la cerradura. La luz, débil, sale de la casa y se disuelve en la sombra. Sobre el alero más alto de la casa, los brazos negros de la palmera voltean en la oscuridad.

el pasado

1

Son muchos los años que han pasado. Pero a medida que mi memoria va refrescando los recuerdos, aquellos episodios vividos cobran un relieve acusado que se acentúa con el tránsito del tiempo. Todo aquello quedó atrás, atrás. Nunca más volverá a ser. Es como si no hubiera pasado nada de aquello. A veces me parece que todo fué un sueño. Las cosas han cambiado la faz, la esencia, la sustancia, y ahora se me hace difícil el evocarlas en toda su verdad.

Mi tía Marta, recuerdo, era una mujer regordeta, rolliza, rubia y pecosa. Había padecido, en su juventud, la viruela y toda su cara redonda era un hormiguero de hoyos. Tendría entonces mi tía Marta unos treinta años o quizás más. Su vestuario lucía ese empaque sencillo que caracteriza a las gentes campesinas. Botas negras abrochadas a un lado, medias de lana, zagalejo, falda, corpiño, pañuelo o sobretodo. Dentro de la casa llevaba siempre un delantal, que

no se quitaba cuando salía para ir por agua a la fuente. Esa era toda su indumentaria. Para salir a misa o de visita, llevaba unas veces la mantilla y otras el velo. Su peinado no podía ser menos complicado: trenzas largas, que le caían a todo lo largo de la espalda o recogido en un rodete que le servía para asentar los vasijos llenos de agua, los tiestos con flores, las cestas de compra. Recuerdo que mientras yo pasaba ratos largos, horas a veces, rayando la pizarra o pintando machangos en el hormigón del piso, la tía Marta permanecía frente a un gran espejo que había en la sala, armada de batidor, y dale que dale a aquel enorme, negro y reluciente pelo. Sus brazos subían y bajaban dejando con frecuencia al descubierto el vello de las axilas. Después se llenaba la cabeza de horquillas, se abrochaba bien el vestido y se asomaba a la ventana. Esto ocurría siempre después que la tía había hecho toda la limpieza de la casa y echado a escobazos las moscas de la cocina.

Aquella tarde, cuando bajé del coche y el cochero me llevó de la mano hasta la casa de los abuelos, vi por primera vez a la tía Marta. Estaba sentada al borde de un muro del que hubo de levantarse para venir, alborozada, a recibirme. Me tomó en sus brazos gordos mientras me besuqueaba. “¡Padre, padre; aquí está el niño!” Me zarandearon todos en la casa. Me dieron de comer, me prepararon un catre, me hicieron preguntas. Pronto se hizo de noche. Recuerdo, vagamente, la impresión que me produjo verme, por pri-

mera vez, en una casa nueva, distinta de la otra. Todo me era extraño y grato a la vez. Los roperos, la cómoda, las rinconeras, el crucifijo, las esteras, los bancos. Cuando mi abuelo encendió el quinqué quedé sorprendido. ¡Cuánta luz, Dios mío! En la casa del padre nos alumbrábamos con velas, que chisporroteaban con pena. Tardé en dormirme aquella noche. Estaba como atontado, el cuerpo me picaba y no sabía lo que tenía. Me acordaba de Miguel y lloré un poco.

El despertar fué un poco más alegre. La tía Marta vino a mi cama, me ayudó a vestir, llevóme a que la abuela me viera. La abuela, sentada en una silla de tijera, con las piernas abrigadas en unos pedazos de manta, molía el café. A su lado, sobre un cajón manchado de petróleo, una cocinilla de mecha calentaba la cafetera. Puso sobre una silla el molinillo, me cogió en sus brazos y me besó. Y no recuerdo más.

En la casa conocí a mi prima Rufina. Un año antes la habían llevado consigo los abuelos. Tenía uno menos que yo. Ya iba a la escuela, con su cajita llena de estampas, medallas y muñecos de trapo. Pero las restantes horas del día las pasaba jugando, acarreando agua o haciendo rabiarse a la tía Marta.

—Esa perra es el mismo infierno—decíame a veces, cariñosa, la tía Marta—. No la puedo ver. Por machona.

A mí sí que me quería la tía. ¿Por qué? Me bañaba casi a diario, rascándome bien el cuerpo para que quedara más limpio; me planchaba la marina azul

que me ponía los domingos y la ropa diaria; me compraba, a escondidas de Rufina, caramelos y garapiñones. ¿Por qué sentía por mí aquel cariño maternal la tía Marta y al propio tiempo era huraña, despegada y dura con mi prima? Más tarde me lo hube de explicar.

El abuelo era de oficio hojalatero. En la parte trasera de la casa, pasado el patio, estaba el cuarto donde día tras día, semana tras semana, machacaba el duro latón, soldaba los cacharros, hacía foniles, lecheras y azucareras. Casi todos los días, antes de irme a gandulear a la calle, o bien cuando estaba de vuelta de jugar al boliche o de hacer perrerías por fuera, escurriame hacia el cuarto. Allí estaba el abuelo, compás o soldador en mano, consagrado a la tarea que era el pan de la casa.

—Entra, hijito. Vienes de coger solajero. Mira, mira esa sucia rota ya. Te estás haciendo un pillo, Juan...

¿Qué respeto me infundía la perilla del abuelo! Se sacudía las manos, se ponía en pie, se abría paso empujando los objetos que le estorbaban y se dirigía a una caja de cuyo escanillo sacaba naranjas, pedazos de pan moreno, plátanos y queso.

—Come, hijito.

¿Qué cariño me infundía la bondad de mi abuelo! ¿Había sido marino, almirante, capitán de fragata alguna vez? ¿Había visto el mundo, otras montañas, otros mares, otras gentes que yo no había visto? Mi r no debía de saber el abuelo. ¡Y qué temor, cuando,

al tanto de alguna perrería callejera mía, me recibía con una alpargata en la mano y me propinaba unos cuantos alpargatazos!

—¡Pillo, baladrón! ¿Conque tirándole piedras al ciego, eh? Mañana pescas el petate, y con tu madre. No quiero baladrones aquí.

Y pasado el enfado, acababa el buen viejo abriendo la caja, y poniendo en mi mano naranjas, cachos de pan moreno, plátanos, queso .

Todo eso quedó atrás, atrás. ¿Cuándo fué, ayer, hace un siglo? ¿Realidad, mentira? Hoy, al recordarlo, la tía Marta, la prima Rufina, el pueblo, el valle, la casa, el cuarto donde martilleaba el abuelo, la marina azul que me ponían los domingos, el quinqué de petróleo, todo me parece borroso, incierto. Tengo ahora una decoración nueva, distinta, ante mis ojos. Que pasará también, que se borrará sepultada por los días que pasan.

Mi primita era, a la verdad, un poco traviesilla. Se iba sola por los montes, estaba horas y horas fuera de la casa, escupía y hacía regañizas sólo por fastidiar, delante de la tía Marta. Eran más las veces que dejaba de ir a la escuela que las que acudía. Pero era la chifladura de mi abuela. Al revés de mi abuelo y de la tía Marta que tiraban por mí.

—Cuando el chiquito tenga un año más lo pondremos en la escuela—oía decir, con frecuencia, a mi abuelo—. Y cuando aprenda lo bastante, haremos lo posible para que se lo lleven a un seminario.

Llegó, como era natural, el día que la tía Marta me llevó de la mano a la escuela.

El señor maestro era un hombre de una bondad enorme y de una vocación grande; pero lo imponderable era su paciencia. Sólo tenía una cosa: que bebía a diario más de la cuenta y casi siempre se quedaba dormido en las horas de la tarde, cayéndosele de la mano la palmeta con que solía acariciarnos alguna vez. Los chiquillos le decíamos "Pelujita", y cuando el buen señor lo oía, se irritaba mucho y la emprendía a palmetazos y coscorrones con todos.

Horas de escuela, junto a la iglesia parroquial. En el patio había un naranjo, que jamás daba fruto y estaba siempre comido de pulgón y torturado por la sed. De él nos colgábamos todo el año en los ratos de descuido del maestro. Me agradaba más salir al patio, para ver el cielo azul y el sol, que estar entre aquel mar de bancos y aquellas paredes agrias, hoscas, cargadas de mapas y cuadros. Con frecuencia, mientras trazaba palotes o leía el "Juanito", me quedaba como dormido, se me cerraban los ojos y perdía la noción de las cosas. Entonces se llenaba mi espíritu del sonido claro, musical, de la campanita cercana o de la armonía de la lluvia sonora y musical también al caer sobre las lajas del patio y las hojas del naranjo.

¿Cuántos días, cuántos meses? (¿Vestían de aquella manera tan rara los hombres de China? ¿Podían ser tan largas, tan largas las calles de Londres y Cal-

cuta? ¿Peleaban los hombres así, montados en aquellos caballos, vistiendo aquellos trajes de hierro y dando muerte al enemigo con tan terribles sables? ¿Moisés, Nabucodonosor, Salomón, Pilato, Jesús? ¿Qué ha quedado de esas murallas, de esas peleas y de esas humanidades? ¿Y en el otoño caen las hojas como se ve en esas estampas? ¿Y los ríos, y los lagos, y los estrechos son como esos que mis ojos ven en los cuadros? ¿Nieva en las otras partes del mundo? ¿Cómo, así, cayendo unas cosas blancas, pequeñas, finitas, como está en esa estampa?)

Poco a poco las cosas se fueron achicando a mis ojos. Llegué a no temerle al maestro, a no cogerle la camella a ningún muchacho y a saber bastante geografía y gramática. Y a experimentar, más que el placer de mecirme sobre los gajos del naranjero, el deseo, vivo, imperioso, de salir a la calle para correr y jugar con mi primita.

Una vez nos fuimos por el monte. Mediaba la tarde. Subimos, subimos montaña arriba. Abajo quedaba el pueblo, recogido, pequeño, apiñado junto a la iglesia. Otras montañas, otros caminos surgían nuevos, desconocidos, ante nuestros ojos.

Ella me seguía resuelta.

—Primo, si siguiésemos caminando mucho, hasta allá lejos, y llegaríamos de noche, cuando todos duerman, al pueblo, ¡chica tunda nos iba a pegar el abuelo!

Subiamos, subiamos. “Vamos a llegar al valle”, me dijo. “No, el valle está lejos, bobito. Por mucho que

caminemos, no llegaremos con sol". Subíamos laderas, cruzábamos barrancales, volvíamos a subir. El pueblo iba borrándose abajo, echado junto a la iglesia que cada vez se iba hundiendo más también.

No era posible ya divisar la esfera del reloj de la torre ni oír la llamada alegre de la campana.

Yo miraba bajo las aulagas. Brincaba sobre las tabaibas por gusto, por lucirme ante mi prima.

—Te vas a dar un talegazo, bobito.

—Déjame.

Subíamos, subíamos. El Roque quedaba a nuestros pies. Pasamos muchos barrancos; dejamos atrás llanuras donde se mecía el trigo salpicado de amapolas y cantaban, alguna vez, las calandrias. Perdimos de vista el pueblo.

—Rufina, ¿no sabes que estoy un poco asustado?— La cogí por una mano—. ¿Y si nos saliera un viejo?

—¿Qué, monifato? ¿Viejos?

—Un tísico, boba. ¿No sabes? Dice la gente que por estos andurriales suelen estar los tísicos. Mira, buscan niños. ¿No? Pues yo sí lo creo. ¿Y si nos saliera uno, Rufina? Correríamos, ¿verdad? ¿Y si nos cogía, porque corría más que tú y más que yo?

—No seas bobo. ¿No ves que no hay nadie? ¿Quién va a cogernos?

Solté su mano y me agarré a su vestido.

—Prima, la gente lo dice. Se lo oí decir a un muchacho en la escuela. Esos tísicos, flacos, muy flacos, salen en los caminos y andan por los "solitarios" bus-

cando niños. Cuando pueden trincar a uno, como están solos, y nadie vé nada, lo matan para chuparle la sangre. Después meten al niño en un saco y se lo llevan para tirarlo por algún sitio o enterrarlo en alguna cueva. ¿Tú crees que no?...

Mi prima empezó a hipar asustada.

—Mira, vámonos. Estamos muy lejos.

Empezamos a dar vueltas, a caminar a campo traviesa. ¿Por qué lado quedaba el pueblo?

Los montes lejanos empezaban a perderse en la sombra. La noche entenebrece los contornos, el mar, los caminos.

Rufina lloraba desconsoladamente. No por el cuento del tísico, sino porque nos cogía la noche. Sus hipidos se mezclaban a los mil murmullos del anochecer, al cric-cric de los grillos, al canto de las calandrias.

Recuerdo que una mano ruda nos agarró en la noche.

—Perdidos, ¿eh? Ya verán la tuesta que se van a llevar.

En casa de los abuelos todo era confusión, gritos, palabrotas.

La tía Marta se hartó de tirarnos de las orejas, de darnos pellizcones, y el abuelo de zarandearnos de lo lindo.

—¡Ese diablo tuvo la culpa!—oía vociferar a mi abuela—. La muchacha se dejó llevar de la tentación de ese monigote. ¡Ah, diablo!

Por la mañanita amanecimos abrazados Rufina y

l a p r i m e r a e s t r e l l a

yo en el mismo catre. Su calor me gustaba tanto que la tía Marta tuvo que despabilarnos con una tabla.

—¡Arriba, infiernos! Y otra vez, piérdanse por esos “solitarios”. Así recibieron julepe, ¡y bien!

Pero cuando Rufina se fué y nos quedamos solos, me sentó sobre su falda, me besó muchas veces y me apretó con sus brazos gordos.

2

Frente a la casa vivía una muchacha, Ciona, en la que yo me había fijado más de una vez, y cuando lo hacía lo disimulaba mucho para que élla no lo notara. Me entraba una vergüenza tan grande que me ponía muy encarnado y confundido. ¿Por qué?

No sé como empezó aquello. Ella era rubia, bonita. Tenía azules los ojos. La cara redonda, pero llena de una gracia, de una malicia y de una risa que me traían trastornado. Todas las mañanas, después que llevaba a su casa cacharros de agua, se asomaba a la ventana, donde se estaba casi su media hora. Yo me subía a la azotea y encaramándome un poco al alto pretil hacía por verla, observándola y mirándola muchas veces, sin que ella me viese. ¡Qué bonito cabello aquél! ¡Qué hermoso movimiento el suyo, cuando, atisbando la calle por última vez, sacaba mucho la cabeza, alargaba la mirada fuera y la metía dentro con un mohín gracioso. Después su

l a p r i m e r a e s t r e l l a

mano cerraba cuidadosamente la ventana. Yo bajaba del pretil y me iba a la calle, a la acequia, con los amigos. Entonces empecé a dejar los juegos y a estar ratos largos pensativo, embobado.

En su casa había una tienda. Recuerdo bien las latas de aceite apiladas en el suelo, las de galletas, las botellas de ginebra, los sacos de café, arroz y azúcar, los trompos, las carretillas de hilo, las velas de sebo, las rapaduras detrás de las vitrinas, los racimos de plátanos colgando de las vigas del techo, el manojo de escobas. Pasada la tienda se llegaba al patio donde Ciona, mi amada, ponía el primor de sus arreglos en las ñameras, helechos y begonias. La pila de agua, los berneales sobre un poyo adosado al muro trasero, la cocina. El primer cigarrillo que a escondidas del abuelo llevé a mis labios, se lo compré a la madre de Ciona, una mujer avispada y nerviosa, gruñona y antipática, que por poco más de nada salía corriendo, escoba en mano, detrás de los chiquillos que íbamos a comprarle.

La tía Marta, siempre que me ponía el cesto en la mano y me mandaba a buscar algo, me advertía:

—Vete a la tienda de Ciona y trácte dos perras de papas, una de aceite, dos libras de pan y tomates y cebollas.

Así conocí de cerca a Ciona. Cierta vez que entré en la tienda oí los gruñidos de su madre hecha un basilisco, reprendiendo a la muchacha.

—¡Perra, perra! ¡Tu padre debió de haberse muerto

antes de traerte al mundo! ¡Condenación de mi alma, demonio! ¡Quítate de mi vista y que no te vea yo más! Mucho cuidado con que yo me entere que le haces remilgos a "ese"...

Me quedé como viendo visiones. ¿Por quién iba aquello? ¿Quién podía ser aquel "ese"? ¿Yo? ¡Pero si era todavía un muñeco!

—Señora...

Entré medroso, me acerqué al mostrador, puse encima el cesto de la compra y me quedé mirándola fijamente. Me parece que me lo hubo de notar.

—Señora, mi tía que...

—Espérate, chirguete. Deja que le arregle las cuentas a ésta.

Ciona hipaba, compungida y avergonzada. Con la punta del vestido secaba sus lágrimas. Se fué a sentar sobre un saco que había en el suelo. La miré, con pena, largo rato. Y sentí no haber sido todo un hombre, un mocetón grande y velludo, para soltarle a su mala madre unos porrazos y vengar en élla los sufrimientos de la hija.

—¿Qué querías, dí?

Me puso en el cesto la compra. La ví pesar las papas, poniendo una, dos más, quitando tres; medir el aceite; contar, uno a uno, los tomates. Después advertí, cómo introducía la mano castigadora en un frasco, sacaba una pastilla de limón y la ponía en mis dedos. Pero hice como que no la ví y me marché ofendido.

Aquel día llevaba yo el corazón entristecido. Allí quedaba Ciona, acurrucada, llorando a moco y baba.

¿Cómo empezó aquella pasioncilla, aquella cosa que yo mismo no acertaba a explicar?

Yo quería a Ciona, sí, la quería. ¿No era quererla el pararme en la calle cuando la veía, volviendo la cabeza varias veces para mirarla? ¿No lo era el estar descansando noche y día que los días pasaran y llegara el domingo para seguirla por la carretera, cuando élla y un rancho de amigas iban de paseo, todas cogidas del brazo y cantando canciones? ¿No lo era el quedarme muchas veces con los ojos clavados del techo de la escuela, ausente de la lección de Historia Sagrada o de Gramática, confundiendo los verbos con los pronombres, sin saberle responder bien al maestro? ¿Y el acecharla distintas veces al día, encaramado sobre el pretil, para tan solamente verla entrar y salir de su casa como un relámpago?

Los dos habíamos jugado juntos muchas veces. Pero desde entonces ya no le dirigía la palabra, ni me acercaba donde élla estuviese. Nada más verla, y la sangre se me agolpaba en las sientes, en el corazón. ¿No era aquello quererla, querer a Ciona, como yo oía decir que se querían las personas grandes?

Mi tía Marta me ayudó a alentar aquel amor ingenuo, puro.

—Juanillo, dime: ¿tú quieres a Ciona? No te quedas encarnado, bobo, que yo sé que la quieres.

Sentado en la falda de la tía, bajé los ojos y a poco solté a reír.

—¿Ves, bobo, como yo lo sabía?

Me besó, me apretó contra su garganta, me miró cariñosamente.

¡Cuán buena fué conmigo la tía!

—¿Nunca le has regalada nada, dime? ¿Ni un beso?

Yo seguía riendo.

—Anda, no seas bobo. Dí, ¿no te gustaría hacerle a tu "novia" un regalo? Mira, le vas a mandar una estampa de la Virgen que tengo guardada. Y verás como élla te va a querer más.

Meses después salí para siempre de la escuela. Ya era yo un mocentoncillo. Mi voz no sonaba ya aflautada, sabía muchas cosas y fumaba delante de todos. Llevaba pantalón largo y todos en la casa se miraban en mí. Hasta Rufina me palpaba con cariño y admiración. Desde por la mañana a la noche ayudaba al abuelo a cortar lata, a encender el brasero para calentar los soldadores, a limpiar el cuarto.

—Padre, déjeme ir. Déjeme ir al puerto.

—Aquí, pillo; te quedas aquí. Aprende a trabajar para cuando seas mayor.

Me dejó entristecido la prohibición. Mi abuelo lo notó. Se acercó y me cogió la barbilla.

—Vete, chiquito, si quieres. Pero no te bañes, no nos vayas a dar un disgusto. Anda, vete.

Corrí al puerto. Allí estaban mis amigos. Allí estaba también Ciona, con un rancho de muchachas. Ellas

se bañaban mucho más allá, a distancia de nosotros. Las veíamos agacharse y levantarse, correr por la arena negra, manotear, quitarse la ropa y ponerse el ropón para el baño. Entretanto, los muchachos hacíamos lo mismo. Yo me había agenciado una penca de palmera para aprender a nadar. ¡Todos al agua! Este chapoteaba por aquí, aquél margullaba por allá gritando como condenados.

Lejos, rompían las olas a lo largo de los acantilados. Cerca de nosotros los barquillos lucían sus quillas al sol, y algunos pescadores, sentados sobre las piedras, remendaban redes y chinchorros.

El agua estaba tibia. ¿Era porque Ciona, a escasa distancia, había metido en el agua su cuerpecito rubio? Me parecía verla reír en cada ola que pasaba ondulante sobre mi cuerpo para estallar en espumas en la negra arena.

Salimos todos del agua y nos secamos al sol.

—Ahora—dijo uno—, a coger duraznos y piñas.

Todos se fueron. Yo me negué a ir. Los ví desaparecer dando gritos y palmadas. ¿Por qué no les seguí? Nada era tan grato a los muchachos, cuando acabábamos de bañarnos en el puerto, como regresar al pueblo atravesando fincas, asaltando los durazneros cargados de fruto, buscando plátanos maduros, descabezando piñas de maíz. Pero aquella tarde, por primera vez, dejé ir a los amigos y me quedé allí, sentado sobre las piedras, cara al mar.

Sí, élla también se iba. Todas se iban. Elvira, Lucia,

Lola. También Ciona. ¿Por qué no la seguía? Claro que iba a hacerlo. ¿Y si lo notaba? Sería mejor que me quedara. Se iban todas a reír de mí. Sí, sería mejor que no la siguiera. Podía, además, escribirle una carta, decirle mi amor, solicitarla en serio. ¿En serio? ¿Qué era eso? Pero, ¿no la quería en serio? ¿No me lo decía la tía Marta? No, no podía haber nada entre ella y yo. De mi corazón no había salido hasta ahora la más leve indicación. ¿Sospechaba Ciona quizás algo? ¿Algo de qué?

Seguí mirando la playa, los acantilados lejanos donde rompían, con furia blanca, con blancura terrible las olas que venían danzando de lejos. ¿De dónde? ¿De los mares de la China? ¿De los océanos australianos? ¿Y de dónde venía, también, aquel mar interior, desbordante, que me estremecía profundamente?

Ellas se habían marchado. No quedaba ni el eco de sus risas, de sus voces, de sus pisadas.

Entonces me arrepentí de no haberme ido con los amigos. Ahora mismo estarían subidos a los durazneros, llenándose los bolsillos.

Iba a hacerse de noche. Me puse de pie.

El hombre desharrapado corría delante y ellos detrás. Eran muchos. Tres, cinco, hasta seis. El hombre corría, tropezaba, caía y levantándose volvía a correr. Pero sus perseguidores le alcanzaban.

Era Marcial, el borracho del pueblo.

Los otros se le fueron encima. El pobre hombre re-

soplaba, agotado por la carrera. Tenía los ojos inyectados y todo el cuerpo le temblaba. Le pusieron en pie y volvió a caer sobre las piedras duras. Se encogía, miraba a los otros angustiosamente, abría los labios en un rictus doloroso, llevaba las manos a su cabeza y curvaba el hombro como queriéndose defender de una cruel paliza.

—Ven con nosotros, Marcial. Mira, no te vamos a hacer nada. Primero nos vas a ayudar a varar aquel barquillo. Y después te llevaremos a la tienda. ¡Anda!

Alguién le dió un puntapié que hizo gemir al desgraciado.

Entre tres lo levantaron y Marcial, sudoroso, congestionado, con los trapos rotos sobre sus velludas y rugosas carnes, se echó a andar delante de todos.

Uno se acercó por detrás cauteloso y le dió un puñetazo que le tiró por tierra.

—¡Bestia!—gritó otro fingiéndose indignado—. ¡A ver si te atreves a pegarle más!

Pero otro corrió unos pasos, dió un salto y se dejó caer brutalmente sobre el infeliz.

—Vaya, dejen a Marcial. Al que se atreva a darle un golpe, le rajo la barriga.

Y todos reían la gracia.

El desgraciado apenas se podía mantener derecho. Le pusieron un cabo en la mano y le obligaron a tirar. ¡Más, más! Sufre, hombre, bestia. Un pollanco echó manos de un palo y le soltó dos buenos toletazos al desdichado. Vi manar la sangre por la nariz

del pobre Marcial. Me sentí entonces indignado. De haber sido yo un hombre como ellos, me habría embestido con todos a la vez o uno a uno para castigar aquella crueldad cobarde.

El barquillo, ya fuera del agua, quedó varado.

—Ahora, vente con nosotros, Marcial.

El pobre hombre se resistía. Quería huir, escapar de aquellos verdugos. Pero no le dejaban. A empellones lo sacaron de la playa y lo metieron en la única tienda del puerto.

Yo me dejé ir detrás. Quería saber en qué iba a parar aquella danza. Sentía una infinita lástima hacia Marcial; pero al propio tiempo me hormigueaba el deseo, la curiosidad de contemplar la cosa hasta el fin.

—¡A ver! ¡Una copa para Marcial!

Los ojos del infeliz se abrieron. Echaron chispas. Sus labios, donde la sangre se había cuajado, ofrecieron un rictus alegre. El rostro del pobre hombre se iluminó.

—Venga, venga ron para Marcial.

El tendero llenó un vaso y lo dejó sobre el mostrador.

—Marcial—gritó uno—; tienes que explicarnos antes de beberte el ron, cómo se dice en Cuba, si “humo” o “pumo”.

—¿Eh, eh?—resoplaba el infeliz.

—O nos dices eso, o no bebes.

Y entonces Marcial abría mucho los ojos, sacaba la lengua y gritaba:

—“Pumo”.

Le ponían el vaso delante. El alargaba una mano para cogerlo, pero antes de que los dedos llegaran al vaso, alguien le descargaba sobre la muñeca un puñetazo.

El idiota se retorció de dolor y se levantaba para marcharse.

Le tiraban de los pingajos de su ropa, le arrastraban por el suelo, le derramaban la copa de ron sobre la cara y los ojos.

Después le dieron a beber una y otra copa hasta ahogarlo en aguardiente.

Todos reían. Todos vociferaban. Todos descargaban sus golpes sobre el cuerpo fofo, maloliente y dolorido del desgraciado.

Lo ví, lo ví todo. Los ojos se me agrandaron; llevé la mano a la garganta; quise gritar pero no pude. Vi como los bárbaros sacaban a rastras a Marcial y lo llevaban detrás de un muro, cerca de la playa. Derramaron con frenesí demoníaco el alcohol sobre las ropas desgarradas del borracho, encendieron un fósforo y lo acercaron a aquel pingajo humano.

Vi como empezaron las llamas, pequeñas, y como crecieron después. La víctima se retorció. Lanzaba alaridos desgarradores. Los verdugos corrieron dando jipíos de regocijo. Vinieron unos hombres, no sé

j u a n s o s a s u a r e z

de dónde, y arrojaron cacharros de agua sobre el cuerpo en llamas. Estas se apagaron. Pero Marcial no era ya ni siquiera un pingajo, porque en sus ojos se había consumido la luz y ya no se movía..

film de dolor y de muerte

El buen viejo entró en la oficina con la furia de un ciclón. Cuando lo sentí me agobiaba con sus palabras y ademanes de compunción. Sus frases cortadas, fatigosas, me paralizaron. No podía ser. ¿Estaba el viejo en sí? Mis ojos no se apartaban de su rostro enrojecido, congestionado, ni él me quitaba los suyos de encima. Yo le oía aturdido, incrédulo.

—Fué algo terrible, tremendo.

—¿Qué, qué?...

De pronto cortó su discurso y yo aproveché la tregua. Me revolvi en la silla. También a mí se me antojaba aquello algo fantástico, absurdo. Hundí el rostro y permanecí silencioso. Así estuvimos un rato.

Hacia poco más de un año que no había vuelto a tropezarme con el padre de mi primera mujer. Y ahora acababa de entrar en la oficina, con la rapidez de un rayo. Estaba a mi derecha y yo inclinado sobre la máquina de escribir. Como calza-

ba zapatos de goma, no le sentí entrar. Me di cuenta de su presencia cuando comenzó a relatarme, con palabra escalofriante, aquel suceso.

—Fué algo terrible; figúrate. Como Mela llevaba tres años de muerta, decidimos en casa desenterrarla para trasladar sus pobres restos a un nicho. Natividad y yo fuimos ayer al cementerio. No te imaginas lo que sufrimos los dos presenciando la penosa tarea. Hasta que, mediado el día—busca que te busca y sin aparecer nada—, tuvimos que retirarnos. No se pudo dar con el cuerpo de la inolvidable Mela. ¿Qué te parece? ¿No es para volverse uno loco?

Yo estaba desconcertado, confundido. Creo que me fui poniendo pálido y tembloroso. Una emoción honda surgió dentro de mí estremeciendo todas mis fibras. Hundi la cabeza y no dije nada.

El viejo siguió:

—No te imaginas, Juanito, mi impresión cuando el sepulturero, cansado de buscar, se apoyó en el azadón y dijo: “No aparece, amigo, el cadáver que usted busca. Quizá haya sido sacado antes y llevado al osario. Usted avisó tarde...” Me volví loco. No quise oír más. Cogi a Nativi por un brazo y salimos desolados. Yo estoy ya viejo para golpes como éste.

¿Qué, qué? Todo eso... ¿es verdad? Le miré sin atreverme a decirle nada. No se me ocurría ninguna cosa. Ni sabía cómo empezar. Bajé de nuevo la cabeza. El viejo se revolvía sudoroso, agitado. El

pasado, un pasado reciente, me anegaba en un mar de angustia. Me sentí arrastrado hacia atrás, cogido por las manos del espectro de un ayer de dolor y de muerte.

—Salimos desolados; figúrate. No esperábamos este golpe. Nativi y su madre están desesperadas. No creen en la desaparición, sino en que nos equivocamos al señalar el lugar de la fosa. Quizá tú sepas mejor que nosotros dónde fué enterrada Mela, ¿verdad?

Levanté la vista y miré a mi suegro. Y asentí.

—Sí; tal vez yo...

—Bueno—replicó—. He venido para suplicarte una cosa: que mañana vayas al cementerio y señales tú el sitio. Procura que los foseros den con "ella". ¿Irás, Juan?

—Hombre, estaría bueno...

Me estrechó la mano y se fué. Se fué como vino, como un rayo.

La noticia que el viejo acababa de darme, tan impensada, tan inesperada, me sumió en una emoción indefinible. Fué un golpazo rudo, que me hizo rodar por tierra. No me daba cuenta de que estaba allí, con la cabeza hundida, con la mirada perdida, con los ojos del espíritu fijos en un ayer, en unos momentos muertos, en una realidad extraviada. A todo había derecho menos a lo que me había relatado mi suegro. Yo la hacía allí, dormida bajo tierra, entregada a ese sueño del que no se despierta, con sus cabellos quizá todavía enteros, con sus brazos doblados sobre el pecho que

tanto luchó con la muerte. ¿Cómo? ¿También la muerte se la había llevado de allí, de la fosa infinita, porque todavía la tierra servía de lecho a su sueño? Se admite la huida definitiva, la marcha de nuestro lado, el desplazamiento a un lugar donde dejamos a los nuestros envueltos en total y eterna soledad, pero no que algo, que la muerte vuelva de nuevo a llevarnos lo que perdimos un día. No. No podía ser. Sus restos, su hundido pecho, sus manos secas y pálidas habían de aparecer, de surgir del seno de la tierra. ¿Es que hay muerte más dolorosa que la de desaparecer incluso de la muerte?

Seguía pegado a la silla, sin voluntad para moverme. Un rato grande permanecí abismado en mis recuerdos. La veía a mi lado. Eramos novios. ¿Cómo la conocí? ¿Dónde? ¿Qué cerca y qué lejos todo! Nuestro noviazgo fué breve. Nos casamos pronto. Yo no supe, ni quise, entretenerla años enteros.

Nuestra boda se celebró de modo sencillo, sin trascendencia social ni familiar. Un par de amigos, algunos familiares y nadie más. Los primeros meses transcurrieron, como puede suponerse, felices. Nos queríamos, además. Su carácter silencioso y dulce se fué apoderando de mí. Empecé a sentir por élla un culto sincero. ¿Qué bondad flotaba en sus ojos tristes, sombríos, y qué encanto había en su palabra! Solíamos salir por las noches a dar un paseo por el puerto. Yo aprovechaba sus silencios prolongados para hablarle de mi vida, de mi amor, de mis sueños,

del hijo que pronto iríamos a tener. Ella abría su boca pocas veces; pero con los ojos me comunicaba su alegría y su dicha. Era muy buena y quizá por ello fué tan desgraciada.

¿Cómo empezó a nublarse nuestra felicidad? Aquel día estuvimos toda la tarde en un café viendo la la comparsa humana que dentro y fuera daba rienda suelta a sus diversiones. Era domingo de Carnaval y decidimos pasarlo fuera. Sentados en el café estuvimos largo tiempo. Hablamos de las máscaras que entraban y salían, de los beodos, de los bailes que se improvisaban. Hablamos de nosotros también. Regresamos a nuestra casa. ¿Qué barullo el de la calle; qué voces; qué gritos y qué locuras las de las parejas y comparsas que habíamos encontrado. Allí estábamos ella y yo, solos, únicos. Se fué quitando el vestido, las medias, los zapatitos. “¿Estás cansada?”, la pregunté. “No”. “¿Te ha gustado el modo de pasar el día?” “Sí”. “¿Me quieres, dí?” “Mucho”, ¿Qué ojos más lindos los suyos bajo aquella sombra de angustia! ¿Qué silencio más alegre, más dichoso el suyo! ¿Qué manera más honda y conmovedora de amar, de entregarse espiritualmente!

Aquella noche tardamos en dormirnos. Una tosecilla se empeñaba en mortificar a Mela. “Será que el polvillo del café te habrá irritado la garganta”, le dije. “Quizás”, contestó. Pero toda la noche estuvo tosiendo y a la mañana siguiente siguió tosiendo también.

Empezó así la cosa. Empezó por aquella tos. Sí, fué aquella tos, aquella tos que no había manera de desalojar de su pecho. Se le trajeron emplastos, pastillas pectorales, medicinas. La tos crecía y silbaba más a medida que los días pasaban. Entonces se decidió en la casa llevarla a un médico.

El doctor reveló la verdad, la dolorosa verdad. Mela estaba muy mal. La tuberculosis se había adueñado de su débil organismo y ya no había escapatoria. ¿Era posible? El médico no anduvo con eufemismos. Cé por bé explicó el alcance y consecuencias fatales de la enfermedad, su forma, su desenlace. Se había presentado en forma laríngea y la enferma no tenía resistencia física para ayudar a la ciencia en su lucha contra el bacilo. Se le ocultó esto a Mela. Posiblemente, a no presentirlo ella, se fué sin saber lo que tuvo.

Todo se derrumbó para mí. Los días cambiaron su faz risueña y venturosa. El cuartito de nuestros amores había dejado de tener perfumes, flores, alegría. Quedó como vacío. La luna de los espejos no reflejaba ya la angustia bella de los ojos de Mela. Estos se fueron hundiendo, apagando, hasta cerrarse

para siempre. Toses, olor a medicinas, silencios largos, velas nocturnas. Estábamos todos consternados, pero delante de Mela sonreíamos.

—Ya verás como pronto te pones buena.

—Tal vez.

Y no decía más.

Recuerdo los días finales. ¡Qué rápido fué todo! La tos se le hizo más sorda. La cara se le secó. Los ojos se le hundieron. La voz se ahogó en su garganta. Le costaba trabajo llamar y lo hacía más con las manos que con la boca. ¡Pobre Mela!

Fué una tarde, la última tarde, cuando pidió que le sacaran un traje claro que, por cierto, me gustaba mucho verle puesto. Quería vestirse. Iba a salir después de un año largo de cama. Ver el cielo, el día, sorber el aire de los jardines y del mar. Se vistió calmamente. Nos miraba al parecer llena de felicidad. ¡Qué cambio brusco fué aquél? Luego comprendimos.

Nos dijo que iba a besar todos los niños que encontrara en la calle. Que iba a hacer un viaje por los puertos más bonitos del mundo. Que la dejaran salir.

¡Qué contraste el de sus ilusiones finales, últimas, y el de las crueles indicaciones del médico! Mientras Mela nos miraba a todos con una mirada nueva, colmada de engañosa dicha, el doctor disponía:

—Es conveniente que, cuanto antes, traigan unos balones de oxígeno.

Todo acabó. Sobre la mesilla ardía la llama azul del alcohol. El auxilio del practicante era ya inútil. ¡Para qué? Hasta la fiebre había muerto en las venas azules de Mela. Ya no estaba con nosotros. Acababa de irse. Yo me daba cuenta, porque veía arder las gruesas velas que le alumbraban el camino.

lluvia

Esta mañana, al abrir la puerta que da al jardín, sentí húmeda la mano al rozar los cristales.

El jardín está mojado. Los macizos, empapados y el picón, muy negro. De las hojas, de los gajos, del ramaje cuelgan hilillos de agua que tiemblan al roce del aire.

¡Qué frescor emana del jardín! Las dalias se yerguen rebosantes de vida. El algarrobo muestra sus hojas lavadas y el ciprés se recorta en el plumizo horizonte.

No hay pájaros esta mañana en el jardín. Una ausencia de todo invade los parterres, los contornos. Sólo la lluvia, una lluvia gruesa, deja sentir su presencia inesperada.

Ha empezado a correr el otoño con esta lluvia de amanecida. Las montañas están mojadas, y el cielo, y los caminos.

Las palmeras mueven lentamente el abanico de sus hojas. Cae la lluvia gruesa, pesada, golpeando las hojas anchas y mojando los cristales de las ventanas. El día está oscuro, silencioso, gris. En la huerta hociquean algunas cabras. Brillan los verdes y se destaca el cuadrado de los jardines. El plumizo telón de la lluvia oculta el mar, el cielo y los montes.

¡Qué nuevo me parece el jardín! Las cercas tienen un color oscuro, el picón reluce de negro, la tierra, mojada, expande olores de campo, de vida. Del ramaje, de las hojas, de las flores, cuelgan temblorosos hilillos de agua.

Me meto en la casa y me siento rodeado de mis dos hijos.

Sigue cayendo la lluvia fuera, en el jardín, y golpean las gotas en los cristales.

¿Por qué ha llegado el otoño? ¿Dónde fueron los días de sol, el calor sofocante de agosto, el ardor de la tierra y de los caminos polvorientos?

Oigo con violencia el tic-tac del reloj de la sala. Pienso en el desfile impalpable del tiempo, en la carrera loca de los minutos, en el lento andar de las cosas.

Me voy con los niños al jardín.

—Hijos, todo está verde y limpio. Sentid sobre vuestras carnes nuevas la caricia de la lluvia. Ha llegado el otoño, vuestro segundo y tercer otoño. Mirad cómo llora y canta todo, a un tiempo, bajo la bendición del agua.

Los niños corretean en la terraza. Yo miro la lejanía gris, la cortina de lluvia, los húmedos y lejanos caminos.

Y siento que en mi interior hay también algo húmedo y gris.

Igualdad, repetición, monotonía. Como ayer, como mañana, como siempre.

El paisaje es largo, igual. Largo el camino, larga la angustia, largo el dolor. Bajo la llama del sol y bajo el hielo de la lluvia invernal. Caen las hojas del árbol y caen, como hojas, pedazos de nuestro vivir. Se secan aquéllas y se secan también nuestros días. Todo se repite, monótonamente, sin evitación posible.

En el asfalto, el agua forma corriente. Los autos pasan, veloces, y salpican las aceras y las paredes. Las casas han amanecido con un vestido nuevo. Los jardines experimentan el goce de la lluvia. En los paseos de picón o de lajas se han borrado todas las huellas de la noche. El caracolillo ha perdido, al remojarse, los restos de salitre.

Las calles están aún desiertas y los cafés cerrados. Las puertas de las viviendas a medio abrir. Hociquean los perros, con el pelo húmedo y el rabo entre piernas. Hay todavía flotando reflejos de luces, de lámparas de la noche.

Desde el malecón intento abarcar el ancho mar, pero no lo consigo. Ya puedo clavar la mirada inútilmente. Cielo y agua se confunden en el telón que

forma la lluvia. Del mar no queda sino la orilla, con sus olas en flor.

A mi lado cruzan las gentes, con la cabeza distraída, cargada de afanes. Alguien extiende el brazo y se convence de que llueve del sur. Caminan a prisa, con la solapa en alto. A todos les ha sorprendido, al salir, esta lluvia inesperada.

Me dirijo a la tienda porque se acerca la hora de abrir. Sobre el asfalto sigue la lluvia formando corrientes, remolinos. Las ruedas salpican el agua enfangada. La mañana empieza a aclarar. Las palmeras de los jardines inician el balanceo de todos los días. Por una parte del cielo asoma un triángulo azul, luminoso.

Mientras me acerco a la tienda evoco la tristeza de los cementerios mojados. Y pienso que los muertos amarán las noches y los días en que la lluvia baja para borrar las huellas que dejaron los hombres en el recinto del eterno silencio.

nieve

Cuando voy al cine y veo una película cuya trama o asunto se desarrolla en un país donde la nieve cae, los ojos de mi espíritu se clavan, fijos, en el escenario nevado y gozan ante la visión de celuloide como si fuera la realidad misma. ¡Qué hermoso el trineo que arranca sobre la superficie blanca, inmensa; qué bella la mano que dice adiós desde el trineo, y qué hermosos y tristes los árboles que, enterrados en nieve, son como informes cruces en la llanura blanca!

También cuando leo un libro cuyo tema se desenvuelve sobre la nieve, se me agrandan los sentidos y me siento sugestionado por el desconocido paisaje. Mis ojos interiores ven claridades sobre desiertos blancos, hollados aquí y allá por pies fatigados y trineos melancólicos. Uno de los recuerdos más fijos que flotan en mi espíritu es el del final de la obra "Los siete ahorcados", de Andreieff, porque, acaso con ho-

l a p r i m e r a e s t r e l l a

rror más desorbitado, desmesurado, me parece estar viendo siempre los siete péndulos de los siete ahorcados sobre la infinita alfombra de nieve en la mañana helada. Tiene para mí el espectáculo hermoso de la nieve, cayendo en copos o deshaciéndose sobre la tierra, por lo imposible de contemplar, por lo ausente de mis sentidos, una sugestión desmesurada y obsesionante. Infinitas millas me separan de los continentes fríos y de los lugares donde llora el cielo lágrimas heladas y se entierran los árboles, como cruces informes, en la llanura blanca.

Sol todo el año, de invierno a invierno, sobre mí, sobre todos los que vivimos cercados por el cinturón atlántico que ciñe la cintura de la isla. La isla no nos deja escapar, andar y vagar por la llanura, atravesar meridianos, ganar cumbres y hondonadas, en marcha de los sitios soleados a los lugares donde la nieve llora sus lágrimas sobre la tierra. Para donde quiera que vayamos tenemos limitado el camino. El mar se interpone entre nuestros deseos y el paisaje lejano. La isla, destierro ideal nuestro, fortaleza imantada, no nos deja escapar, partir. Ya pueden nuestros ojos avizorar inviernos. La nieve, en forma esponjosa, hecha nube, pasa de largo. Ella es la que viaja sin barreras, ni horizontes, ni orillas que le salgan al paso. Se disfraza de nube blanca, de nube gris, y al cruzar nuestro cielo dice adiós con su descenso melancólico, en forma de lluvia suave, breve.

Aquel día fué un día excepcional, que tal vez no vuelva más para mí. El amigo detuvo su Opel frente a la tienda y con rostro risueño me invitó a subir.

—Anda, te invito a ver la nieve. Hay nieve en la Cumbre.

Me quedé tan emocionado que no acertaba a subir al coche.

Aquella noche, por primera vez para mí, había nevado sobre la cumbre de la isla y sobre los altos picachos. Desde el amanecer muchos ojos se habían vuelto para contemplar el espectáculo inesperado. Desde el puente se abarcaba parte de la alfombra mágica. “¡Es verdad, es verdad!”, salía de todos los labios admirados. Las gentes se comunicaban la novedad con cierta complacencia emocionada. Sobre las aceras se congregaba la multitud para levantar la vista hasta la prodigiosa visión.

“¡Es verdad, es verdad!”. Era verdad. Había nieve en lo alto de la isla donde jamás, para mí, había llovido el cielo lágrimas blancas.

Carretera arriba vamos alborozados pensando en la alegría que nos espera, la alegría de ver, de tocar, de acariciar la nieve caída, inesperada y raramente, sobre la cumbre caldeada, de invierno a invierno, por soles quemantes.

Era verdad, era verdad. A medida que pasamos los pueblos y devoramos distancias, los ojos van anegándose de nieve, colmándose del panorama grandioso, único. Sobre unos riscos cuelgan flecos de nieve.

Las montañas visten una túnica blanca. Los almendros, melancólicos y flacos, parecen deshilachados bajo el nuevo vestido, y más floridos que nunca y más blancos que en mil primaveras juntas. Y la cruz grande que registra, en su soledad señera, los embates alocados y aullantes de todos los vientos, está allí, en mitad del ventisquero, proyectando su sombra y su melancolía sobre el panorama nuevo.

El Opel detiene su desenfrenado galope y ponemos pie en tierra. ¡Qué emoción extraña embarga a los viajeros! Pisamos la tierra; no, la tierra, no; pisamos la nieve que se extiende y desparrama sobre la tierra que hasta ayer alimentó, de una primavera a otra, sin helarse, las aulagas y la albahaca. Pisamos el manto blanquisimo, virgen, súbitamente caído de la altura.

Saltamos a la nieve, decididos, entusiasmados por un aliento poderoso. Hemos de caminar sobre la sábana de nieve. ¿Qué valdría, si no, el haber venido? A ninguno le asusta la idea de resbalar, de caerse, de rodar por un barranco. Nuestras manos cogen la maravillosa nieve y confeccionan bolas que arrojamus a la cabeza del compañero. Es una locura contagiosa. Brincamos como chiquillos, corremos, saltamos.

—¡Arriba, arriba! Lleguemos a lo alto.

A cuarenta pasos de nosotros vemos que, montaña arriba, suben cuatro personas. Van por un camino que otros pies han formado ya. ¿Cuándo? ¿Al ama-

necer? En extensiones grandes la nieve está intocada todavía. Pero por aquel sitio alguien ha debido de subir antes de ahora, porque hay huellas de pasos.

—Mirad, un hombre y tres mujeres. Démonos prisa.

Un compañero saca de su "gabardina" un frasco de coñac. Hacía falta ya un poco de calor que nos animara a ganar la altura.

Damos alcance a las cuatro personas que suben delante. Hacemos amistad. El padre nos presenta a sus tres hijas. Le invitamos con el coñac y él acepta. Y ellas ríen, un tanto avergonzadas, al ver como su padre no se hace rogar y se echa sus buenos tragos.

Alabamos el paisaje, el suceso. Reímos y ríen ellas también, enseñando sus dientes blancos a la blancura de la mañana y de la nieve.

El cielo se va oscureciendo. Los picos toman de pronto un tinte angustioso, severo. Lloran, tal vez, la ausencia de la luz de la isla, siempre triunfante sobre sus crestas azules. El paisaje se vuelve más melancólico.

—Este— dice uno de mis amigos señalando para mí —nos hablaba hace poco de las estepas heladas, de la Escandinavia y de las muchachas danesas. No hacerle caso, si le da por importunarlas.

Las muchachas ríen. Era tan hermoso todo.

El frasco del coñac toca a su fin y aun no hemos acabado de subir.

Iniciamos el regreso. El padre y las tres hijas se

l a p r i m e r a e s t r e l l a

pierden cumbre allá. ¿Dónde van? Cuando veo que se alejan pienso otra vez en los trineos y en las manos que, sobre la nieve, se mueven ateridas diciéndonos adiós.

Mis amigos gritan de contento. Palmotean como chiquillos. Todos nos ponemos momentáneamente frenéticos. ¿Qué? Este brinca, aquél ríe, quizá un poco mareados por el coñac. Todos extendemos el brazo y ofrecemos al cielo la palma de la mano. ¡Ah, ah!

Comienza a nevar. Bajan copitos ligeros, maravillosos. A los almendros del cielo deben de estársele cayendo las flores.

noche

¿Estás ahí, hijo mío? ¿Qué haces quieto, tú que a menudo correteas de un extremo a otro de esta galería, o te atreves a subir dos y tres peldaños de la escalera, sin darte cuenta del peligro, y haces prodigios de agilidad tirándote sobre el piso desde tan descomunal, para ti, altura? ¿Qué haces ahí, serio ya, a tus tres años y medio, con los labios bien cerrados, con los ojillos melancólicos, apoyado sobre la tapa de esa caja de cedro? Ven, hijo, ven; mis brazos te acogen jubilosos, emocionados. No pesas nada, cuando te lanzas, alborozado, sobre ellos. Apenas se te ve el color oscuro de tus cabellos nuevos. Casi no veo bien el brillo de tus ojos melancólicos. ¿Qué haces ahí, hijo mío, contra tu costumbre de estar siempre jugando, saltando, corriendo?

Oprimo el botón y se hace la luz. Toda la galería se llena, se colma del alma de la luz. ¡Ah! ¡Qué dulce es ahora todo lo que veo! La escalera no tiene

ya esa apariencia, a su final, de túnel inacabable. Los cuadros no son manchas vagas, oscilantes, pegadas a paredes y testeros. Las figuras de los cuadros resucitan, también, tocadas por el alma de la luz. Y mi hijo, mis dos hijos, abren, alborozados, la granada de sus bocas y en la angustia de sus ojos surge la alegría ingenua. La noche ha sido arrojada al jardín. Sólo quedan pedazos de noche debajo de la caja de cedro y en la comisura de los peldaños de la escalera.

¿Dónde está mamá, hijos míos? ¿Cose, arriba, en el cuarto alto? ¿Dialoga con el agua, con el aceite, con el vinagre en la cocina? No, no debe de estar arriba. Se ha hecho de noche ya. Estará tal vez en vuestra alcoba, preparando vuestras sábanas, arreglando vuestras camitas, sacando del ropero los trajitos que os pondrá mañana, cuando sea otra vez de día y vengan los pajaritos, risueños, de fiesta, a cantaros desde los aleros altos.

¿Que juegue con vosotros? ¡Ea, empecemos! ¿A dar vueltas? No, que eso marca. Será mejor que nos sentemos en este sofá que habéis arañado hoy. Tú y tú os sentaréis sobre mis rodillas. Yo os levantaré alto y os dejaré caer sobre mis muslos. Ea, así jugaremos los tres ahora que es de noche y no se puede ir al jardín, porque se han borrado los caminos de picón y las flores ya no son flores, sino brujas altas y feas que se llevan a los niños cuando no se quieren dormir.

De puntillas, tirando de mi mano, mi hijita me lleva hasta la puerta que da salida al jardín. A través de los cristales se ve el bosque, rumoroso, confuso, y, más cerca, los brazos movibles, inquietos, del algarrobo. Pero los ojos melancólicos de mis dos hijos no ven sino la sombra larga, sin fondo, de la noche.

Sus dedos se aprietan, con dulzura, en mi mano. Me llevan otra vez al sofá y, en silencio, no hacen sino mirar hacia la puerta que da salida al jardín.

Mamá me dice que la mesa está puesta. Los niños lo oyen y se les olvida, instantáneamente, el cuento de las flores que se convierten, de noche, en brujas altas y feas para llevarse a los niños que no quieren dormirse. "A omer, a omer". Se me escurren de entre las piernas y se van, delante de la madre, al comedor.

Blanco mantel. Humilde y viejo mantel. Sufrido mantel que aguanta, sin chistar, las desgarraduras que en tu carne hacen los niños cuando uno se descuida y trincan un tenedor. Cuchillos ya viejos y mellados por el uso. Cucharas gastadas, de tanto ir a la boca portando el sustento cotidiano. En todo hay un sello de paz, de verdad. Es de noche y sobre el mantel hay trozos de sombra mezclados con el pan. No se oye viento. Los viejos y esqueléticos pinos no silban esta noche, acariciados por el aire que pasa, cantando, en viaje a lejanos lugares. Posiblemente no tendrá la noche la lágrima inmóvil de una sola estrella. Ni de la casa próxima llega el eco dulce

l a p r i m e r a e s t r e l l a

del piano. Esta noche el silencio, un silencio pleno, hondo, amplio, triunfa en la tierra y en el cielo.

Ven, hijito, que yo te quitaré los zapatitos y te dormiré como todas las noches. Te cantaré para que te duermas con el oído lleno de ecos, limpio de silencios. Para ti no se ha hecho la noche acaso. Tú crees que ella está fuera, acurrucada en el jardín, temerosa de que yo la empuje más todavía. Por eso mañana, al despertar, cuando vengas a mí, con tus ojos llenos de alegría melancólica, me regocijaré llevándote de la mano a la puerta que da al jardín para que veas como la noche se habrá ido lejos. Y entonces verás, de nuevo, los caminos entre dalias y rosales, y querrás correr, como esta mañana, detrás de los pajarillos que bajen a picotear en la tierra.

—¡Chis..., bajito, no hables!... Podrían despertarse. Sí, corre la cortina para que no llegue hasta sus camitas la luz.

Mi mujer se sienta en una butaca y hojea una revista. Yo me tumbo a descansar, a reposar, con un libro en la mano. Pasan cosas, ocurren hechos. Tiene interés esto que voy leyendo. Este personaje, este él, sabe pensar con lógica. Dice, le oigo casi decir unas cosas quizá inverosímiles, pero que me maravillan. Es todo un carácter. Lo difícil, precisamente, de ser, lo que escasos hombres son. Pero la noche va pudiendo conmigo. Mi cuerpo se siente ahora bien y las cosas que estoy viendo, las voces que estoy oyendo, se van esfumando, alejando, bo-

rando. La noche me va haciendo suyo. El sueño me echa su malla. A intervalos escucho la respiración de los dos chiquillos dormidos. El roce leve de los dedos de mi mujer al doblar las páginas de la revista me cosquillea en los oídos. Pero a veces me incorporo y salto, brusco, porque me ha parecido oír pasos u otro ruido cualquiera en la terraza.

Se está bien así, medio oyendo decir cosas a un personaje de novela, mirando por el rabillo del ojo a mi mujer, escuchando, con emoción, el acelerado respirar de mis hijos. Pero lo otro, la noche, el tóxico de la noche, puede más. Y me voy a dormir.

silencio

El libro casi se me ha caído de las manos. Una indolencia aguda tensa esta noche mi espíritu. Miro las cosas con entera vaguedad. Los reflejos rojos de la lamparita que arde sobre la mesa, proyectan sombras en las paredes, en el piso, en el techo, que oscilan sin saber qué mano los mueve. Esta noche la casa está sumida en un silencio frío, cortante. Se oye de vez en cuando el aleteo leve de alguna mosca al volar huyendo de la luz rojiza. Pesa sobre mí un cansancio extraño. No tengo nada. No me pasa nada. No temo ni espero nada. Pero mis sensaciones se agitan, mi ánima se siente fatigada, desazonada. Casi se me cae el libro de las manos, porque hasta mis miembros están esta noche perezosos, flojos.

Mi mujer está enfrente, sentada. Pespuntea la ropa de los chiquillos. Yo la miro, indiferentemente,

llevarse la aguja a los labios, morder las puntas del hilo y clavarla después con diligencia en la ropa. Así está un rato largo. De pronto alza hasta mi su rostro y me interroga con una mirada honda, húmeda, que se me clava, no sé por qué, en la carne de mi espíritu. Después baja la cabeza y sigue cosiendo. Pero esta vez, luego de mirarme, ansiosa, me ha dicho:

—¿Qué tienes esta noche, Juan? Algo te pasa...

—No, no; no me pasa nada. Es...

Y vuelvo a pasear mis ojos por las paredes, por el piso alfombrado, por el techo donde juguetea la sombra. Estoy en mí y fuera de mí. He acabado por cerrar el libro de Góngora y dejarlo sobre la mesilla. Tengo el ánimo, esta noche, repleta de presentimientos. Me parece que la luz está más roja que otras noches, que los sombrajes que se escurren por las paredes viven en sí, con vida propia, real, verdadera. Que son algo más que sombras. ¿Qué soy yo mismo, perdido en esta casa, en contacto con estas sombras que suben y bajan a lo largo de estas paredes mudas, frías? Me tiendo un poco en el sillón y doblo la cabeza. Cierro los ojos y me asusta la tiniebla absoluta, vibrante, en que se hunde todo mi yo... Entonces me parece mejor tenerlos semiabiertos, vagos, imprecisos, flotando en la luz roja.

—¿Estás malo, Juan? Te noto algo raro esta noche...

—No; es que me siento sin ganas de decir nada.

—¿Por qué no te acuestas?

—Porque hasta allí me seguiría esta sombra, este silencio que me angustia esta noche, como nunca. Tengo ganas de salir, de perderme en la noche, de beber la luz de las estrellas, de clavar los ojos en la altura para sorprender el ritmo de los astros en su carrera fija, sin fin.

Mi mujer me mira, con piedad o con burla, y no me dice nada. La oigo suspirar. Sus dedos, incansables, siguen asaetando, acuchillando la ropita de los niños.

Me levanto pesaroso, torpe. Me voy al jardín. ¡Ah, qué frescor emana de los macizos! En el aire se deslía el aroma de las rosas y de los alhelies. Oigo, duras, tenaces, mis propias pisadas sobre el picón que cruje, dolorido. Una calma primaveral envuelve todo. No hay una sola estrella en el cielo. El viento está ausente, disolviendo témpanos glaciares, arañando desérticas arenas o haciendo gemir lejanas arboledas. Un sopor, un sueño profundo gravita sobre todo esta noche. Las luces de la ciudad, próximas, dan cierta apariencia funeral a la lejanía. No escucho nada, ni una voz distante, ni un ruido cercano. La noche está enredada, por completo, en las mallas del silencio.

Paseo a lo largo de esta fila de cipreses que hay en el jardín, junto al muro blanco. Cada ciprés, rígido, meditativo, inmóvil, se desdobra para proyectarse, borroso, sobre el muro blanco. Es la lámpara

del jardín que dibuja sobre la pared los altos e inmóviles cipreses. Firmes, como soldados de la noche. Fantasmales, como cipreses de cementerio.

¡Qué lentos pasan los minutos! ¡Qué solemnidad tienen las horas cuando, suspendido nuestro espíritu, levantamos la mirada hasta el paraje donde, esta noche, un brazo poderoso ha apagado todas las estrellas!

Se siente gravitar el mundo, gestarse la luz, hormiguear los huracanes desconocidos, sonar el lenguaje de la verdad, triunfar la muerte. ¡Oh, el silencio que roe, despiadado, nuestro mundo interior y colma de escalofriantes resonancias el desván de nuestra ánima!

Me siento empujado, arrastrado. El jardín está casi por completo a oscuras. No quiero apartarme de esta zona semialumbrada, que me permite ver los cipreses uno a uno, en larga fila, junto al muro blanco. Mis propios pasos retumban, con pesadez, dentro de mí. El silencio se hace cada vez más espeso, más helado. Mi mujer ha debido de irse a acostar, porque se acaba de encender la luz en nuestra alcoba. ¿Qué hago aquí? ¿Qué espero aquí?

Me detengo de pronto. El silencio devora el eco de mis últimas pisadas sobre el crujiente picón. ¿He oído una voz, una llamada extraña, un ruido vago, un gemido? Pongo atención, escucho. Es el "glú-glú" del agua al caer en el alto depósito.

Ya no me siento solo, vagando como un ánima de

j u a n s o s a s u á r e z

la noche junto a la larga e inmóvil fila de cipreses. Ahora me acompaña ese "glú-glú", ese borboteo monótono, agujereante. El silencio sufre en su carne la mordida de ese invisible e incansable gusano.

alegría

Hoy he cerrado la tienda con precisión cronométrica. (Quién pudiera, también, al cerrar la cuenta de cada día, decir: "Hoy he cerrado el corazón con tranquilidad exacta. Hoy he efectuado el balance de mis acciones y he cerrado la cuenta sin déficit moral").

Así que el reloj gritó las doce, me alcé de la silla, miré en la registradora el importe de la venta de la mañana, llevé unos céntimos al bolsillo, cerré y salí.

Lo primero que hice fué mirar si en algún rincón de la alameda frontera estaba mi amigo F., con quien de buena gana habría cambiado algunas palabras. No estaba allí y lo sentí. Me di cuenta de que la gente escasa que había en torno a los sillones de mimbre tomaba sus helados, cervezas y cafés y charlaba y reía tranquilamente, como el día anterior, como tantas otras veces. También me di cuenta de que una gramola endulzaba el mediodía con algunos tangos

l a p r i m e r a e s t r e l l a

y rumbas en serie. Pero no estaba allí mi amigo F. y creo que lo sentí.

Enfilé el puente, sobre el barranco seco y pedregoso, y me escurri bajo sus cuatro estatuas. Ardía un sol de otoño que a ratos se nublaba. Cuando menos lo esperaba, sentía caer, leve, una llovizna que apenas manchaba el asfalto. Otra vez ardía el sol sobre la cumbre, sobre los riscos, sobre los edificios, sobre el mar. Sí, en el otoño corren así los días. Hay un cambio continuo de aire, de viento, de sol, de lluvia.

El barranco, seco, pedregoso, huérfano de orillas y de aguas en torbellino, estaba allí, presente siempre, extraño al paisaje, gritando su sequedad. Los geranios caían por los muros que lo encajonan entre calle y calle. Las estatuas gritaban también su alerta permanente, sin relevo. Ellas, que habían presenciado el desfile eterno de tanto coche fúnebre, estaban secas, amarillas, caldeadas por los soles de la isla. Sobre sus cuatro cabezas pendía la telaraña del tiempo y del silencio. De sus ojos vacíos salía una burlesca ironía que se agarraba a los cientos de personas que iban y venían, en fuga perenne, inútil e incierta.

Pero hoy he creído advertir una sonrisa en las cuatro silenciosas y burlonas figuras.

Sí, me parece que todo sonríe hoy. Las piedras, los huecos de las casas, las esquinas. Las mismas gentes no están hoy tan gruñonas. He tropezado con dos individuos que han bajado de la acera, me han pedido perdón y me han sonreído. Las cosas están

hoy de humor. Se divierten. A ratos se pone el mar gris, oscuro, como si se disfrazara; pero de repente vuelve a brillar claro, como una lámina de plata. Los árboles están inmóviles, como muertos. De pronto les entra un deseo loco de danzar, de moverse, de balancearse; y curvan sus ramas, sus hojas, sacudidas por no sé qué ráfaga de alegría. El mismo sol, tan serio durante todo el verano, se esconde y aparece, brilla un minuto y se oscurece luego o bien asoma irónico a través de alguna nube, alumbra unos minutos las montañas, las calles y las orillas y torna otra vez a ocultarse cual si jugara con algún invisible e ignorado ser cósmico. Yo mismo, que no soy nada en el concierto de la vida, me encuentro ahora mismo lleno de una dicha enorme, me parece que he conquistado todas las cosas apetecibles y que soy inmortal. Rio por dentro, canto dentro de mí, porque una inefable felicidad me hace creer que no moriré como los demás.

Hoy quiero llegar pronto a casa porque sé que me esperan mi cuñada Lina, su marido, y el revoltosillo Pepin. Hoy es el día de mi hijita Nieves y vamos a celebrar su tercer cumpleaños. Sabed, pues, por qué me siento feliz.

Esta mañana me advirtieron en casa que, al regreso, llevara dulces para los niños. Voy a comprar dulces, sí, para repartir un poco la alegría que hay en todas las cosas de la tierra y del cielo.

Qué clara y melodiosa esa campanilla del tranvía.

l a p r i m e r a e s t r e l l a

Debe de ser nueva, traída de algún lejano país donde a todas horas habrá músicas en las calles ;donde cantan y danzan los viejos frente a sus tiendas de baratijas; donde rien los ojos de las mujeres, colmados de luz, de amor; donde las aguas y los bosques y los caminos y los océanos están sumergidos en la alegría universal, en el ritmo y la danza que estremecen los mundos, las alturas y las distancias. Qué alegre, hoy, la canción doliente del violín que pulsa el brazo de ese ciego. Qué armonía, qué ansia profunda, qué abrasadora pasión flota en los ojos de esos harapientos seres que se sitúan en arco—como el arco del violín—cerca del ciego para oír y gozar la triste alegría de un vals muerto. También yo me acerco al arco humano. El ciego, con la cabeza doblada, oprime el violín. Saltan notas desgarradoras, como invisibles y sonoras chispas. Las gentes escuchan atentas. Se abren algunos labios y florecen sonrisas. (La clara y melodiosa campanita del tranvía ahoga momentáneamente el grito y la voz del violín). Los ojos no se apartan de la cabeza del ciego, inmóvil, clavada de invisibles garfios del cielo.

Otros días he oído el violín de este ciego y he experimentado cierto raro pesar. Una ráfaga de melancolía se ha apoderado de mí y he sentido pasar, en galope fugaz, las cosas, los dolores y las alegrías que fueron. Hoy, no. Hoy he reído yo también, sin darme cuenta, contagiado por la risa de todos los que hemos formado el arco junto al ciego.

Ah, cuándo podrá mi chiquilla pararse también junto a un ciego que pulse un violín!

Hace meses comencé a enseñarle las cosas. Cada mañana, cuando la saco al jardín, lo primero que le señalo es el sol. Después dirijo sus miradas nuevas al mar y a las nubes. Le voy diciendo cómo se llama cada planta y cada flor y le hago repetir, con su media voz, los nombres. Ah, cuándo será mi chiquilla tan alta como su madre!

(Sí, pero, ¿será entonces tan mía, tan de nosotros, como lo es ahora, ahora que, al despertar cada mañana, me la trae su madre a mi cama como quien lleva una pluma?)

El ciego se ha ido y los últimos lamentos del violín se han ahogado. El mercado va quedando poco a poco desierto. A mi derecha, un muchacho recoge del suelo macetas y bernegales. Más allá, un árabe disputa con un comprador rezagado. Relucen en la cesta los espejos de bolsillo. El comprador saca baratijas de todas clases, las mira, las estira, las vuelve de revés y mantiene una porfía con el árabe. También yo soy un comprador rezagado. Me dirijo a un puesto de dulces y pido que me llenen un cartucho de caramelos, pastillas y chocolates.

Sí, acaso haya algo nuevo allí. Algo que yo no haya leído. (Es una sinfonía muda). Paseo los ojos sobre la alfombra que forman los libros. (¿No hay libros que son sonatas, endechas, arengas revolucionarias, renunciaciones, sacrificios, ironías, morbosos-

l a p r i m e r a e s t r e l l a

dades?). La formación libresca tiene algo de campo de experimentación. Azorín junto a Retana, Unamuno pegado a Pedro Mata, Teixeira de Pascoaes pisado por Emilio Carrere, Ossendosky tapado por el Caballero Audaz. Tropiezo con "El sueño de un hombre ridículo", de Dostoiewsky, y por una miserable peseta me apropio de uno de los más hermosos sueños de la tierra.

Y me voy a casa. De seguro que ya habrá llegado Lina, mi cuñada. Tendremos hoy un día aceptable. Los chiquillos palmotearán, jugarán, se harán rabiar. Los mayores hablaremos un rato, reiremos y quizá salgamos ya tarde a pasear por las afueras.

la primera estrella

Quando ya atardecido los niños se quedaron dormidos, salí solo al jardín.

Salí con "El sueño de un hombre ridículo" en la mano. Sabía que no iba a leer, pero lo llevé.

Debo decir que hemos pasado bien la tarde. Se comió, se bebió, se hicieron cuentos de todas clases, nos hemos reído. Hubo que atizarle unas tortas al chiquitín de Lina, porque se empeñó en que le dieran una pelota, y, como no se le pudo complacer, cogió una rabieta que daba miedo.

Me senté en el escalón, junto a la columna de la terraza. Al tocar las hojas de la madreSelva que trepa pared arriba, experimenté una extraña sensación. Me pareció sentir un frío muy agudo y toda la piel se me erizó.

Dentro, Lina cosía no sé qué. En la cocina mi mujer sacudía la loza, secaba los calderos, ponía las co-

l a p r i m e r a e s t r e l l a

sas en orden. La casa estaba ahora sumida en un silencio cortado de vez en vez por algún ruido momentáneo.

La tierra se iba ensombreciendo. (¿Dónde va el sol, todas las tardes, cuando se sumerge en los horizontes marinos o en los océanos de montañas?) Los ruidos se percibían más lejanos y claros a un tiempo. Las montañas hundían sus jorobas en la tiniebla que se espesaba sobre el mundo. Me parecía que algo fatigoso, pesado, me cercaba. Los árboles movían, en silencio, sus ramas. (¿Dónde había ido la alegría de la mañana y por qué sentía ahora una angustia secreta?).

Pensé que llegaría un día en que no vería más la luz ni la noche. (¿Qué mirarían mis ojos, entonces, cuando no fueran sino dos huecos, dos agujeros vacíos?) Oí pasos sobre el picón. No, no era nadie. Era yo mismo que, al moverme, hundía la mesilla de mimbre en el piso flojo.

Mis amigos, mis conocidos irían a aquella casa para llevarme. Lo harían por la mañana o por la tarde, y caminarían conmigo bajo la luz del último día. Pero ellos no estarían conmigo cuando mis ojos, como dos huecos, como dos agujeros vacíos, sorbieran la luz de la primera estrella de mi primera noche de enterrado.

Otoño de 1934.



En preparación

VIENTO

y

OLAS

(Poemas)

ULPGC. Biblioteca Universitaria



489027

BIG 860-3 SOS pri